



LA EXTINCIÓN DE EJIDOS Y LA EFICIENCIA ECONOMICA

Héctor Lindo Fuentes

RESUMEN

La extinción de ejidos y tierras comunales constituye la culminación del proceso de reformas liberales que se llevó a cabo en El Salvador durante la segunda mitad del siglo XIX. Por medio de técnicas econométricas, se muestra que la racionalidad de las reformas no se puede atribuir a una búsqueda de la eficiencia económica sino a la capacidad de un grupo de excluir a otro de los beneficios de la tierra.

Las reformas liberales del siglo XIX se llevaron a cabo de una forma gradual. Su expresión más dramática fue la extinción de ejidos y tierras comunales decretada en 1881 y 1882. Este hecho histórico constituyó la culminación de un proceso de cambios económicos, políticos y sociales que tuvo su origen en los esfuerzos que hicieron diferentes grupos antagónicos para darle forma a la joven república.

Hasta la fecha, la interpretación más elaborada sobre las reformas liberales es la que se encuentra en el libro de David Browning sobre el papel de la tierra y su tenencia en El Salvador¹. Basados en esta consideración, usaremos el libro de Browning como referencia para la información básica, y sus interpretaciones nos servirán como punto de partida para una discusión sobre las justificaciones económicas de la extinción de

ejidos y tierras comunales². El hecho de que este artículo se centre en los aspectos económicos del problema no es una negación de los aspectos sociales y políticos del mismo, por el contrario, la conclusión de este trabajo destaca la importancia de dichos factores.

El añil fue el único producto de exportación importante durante los primeros años del período republicano. La independencia terminó con las restricciones que imponía la corona a las actividades comerciales de la colonia. Esto hizo posible la expansión de la producción de añil. La inversión necesaria para producir el tinte era relativamente pequeña, lo que permitió que tanto los pequeños como los grandes propietarios pudieran dedicarse al cultivo de dicho producto. El añil se puede cultivar en una gran variedad de suelos y regiones. Esta es otra característica que

permitió su rápida expansión. Los productores del tinte se encontraban por todas partes y las unidades de producción podían ser de cualquier tamaño. Esto quiere decir que aunque la élite estuviera constituida principalmente por productores de añil, no todos los productores eran miembros de dicha élite.

Aproximadamente una cuarta parte del territorio nacional pertenecía a las comunidades indígenas o formaba parte de los ejidos asignados a los pueblos. Estas tierras estaban dedicadas principalmente (aunque no exclusivamente) a la producción de maíz, frijoles y otros alimentos. En ocasiones, la tierra ejidal se alquilaba a personas que la dedicaban a cultivos de exportación, o, en otras ocasiones, las mismas comunidades indígenas dedicaban la tierra alternativamente a cultivos para la exportación y para alimentos. En el censo de 1858 se menciona un pueblo donde los indios mismos rotaban tabaco y maíz³. Un reportaje inglés del mismo año menciona el alquiler de tierras comunales para el cultivo del café⁴.

De acuerdo con Browning, la élite salvadoreña encontraba dos obstáculos que impedían el progreso del país: una excesiva dependencia de la producción de añil, y una confusión en las formas de tenencia de la tierra⁵. La solución que encontró la élite para los problemas que había diagnosticado ilustra el punto de vista desde el cual se evaluó la situación: el problema de la dependencia del añil se resolvió cambiando a la dependencia del café, y el problema de tenencia de la tierra se resolvió privando a las comunidades indíge-

nas y a los pueblos de sus tierras.

El desarrollo de la agricultura se identificó con el desarrollo de los cultivos de exportación. A mediados del siglo XIX, cuando la producción de añil estaba en su punto más alto, ya se cultivaban pequeñas cantidades de café. En el censo de 1858 se encuentran 16 menciones explícitas de pueblos donde había cierta producción de café y en todas las ocasiones en que se encuentra una mención de este tipo encontramos que el número de árboles de café en plena producción representa un pequeño porcentaje del número de árboles en almácigo. Es necesario hacer notar que para 1858 el gobierno ya estaba tratando de estimular la producción cafetalera y es posible que las autoridades locales a cargo de levantar el censo hayan exagerado las cifras de producción de café y del tamaño de los almácigos a fin de congraciarse con el gobierno.

De acuerdo con Browning, el factor que alentó a los miembros de la élite a cambiar las formas de tenencia de la tierra fue la introducción del cultivo del café. Browning nos dice que "...la producción comercial de café introducida con gran rapidez y a gran escala, produjo demandas inmediatas y apremiantes en el régimen existente de la tenencia y el uso de la tierra"⁶. Según él, los ejidos y las tierras comunales constituían un obstáculo para el desarrollo de la producción cafetalera y esa es la razón por la cual los grandes propietarios decidieron eliminar todas las formas de propiedad comunal de la tierra. Browning arguye que los campesinos indios y los grandes propietarios tenían una concepción totalmente dis-



tinta de la función que debía cumplir la tierra. Para el indígena la tierra estaba destinada a producir alimentos para el propio consumo, mientras que los grandes propietarios le daban prioridad a los cultivos comerciales, los cuales, se puede inferir, producían mayores beneficios. Si se sigue esta línea de razonamiento, se concluye directamente que era absolutamente necesario eliminar las formas comunales de producción a fin de obtener el crecimiento del sector agrícola, pues quienes cultivaban las tierras comunales tenían un concepto tan estrecho de la función de la tierra que no podían aprovechar las ventajas que ofrecían los precios relativamente altos de los cultivos comerciales. Si esta hipótesis es cierta, es necesario explicar la razón por la cual el añil, un cultivo comercial, pudo prosperar en una época en la cual imperaba la propiedad comunal. Browning resuelve el problema diciendo que "...durante el período colonial, la lenta expansión de la producción del añil, desarrolló en paralelo los cultivos de subsistencia de los indígenas y aunque hubo competencia por la tierra entre ambos cultivos, cada uno tuvo tiempo de adaptarse a las necesidades del otro, dentro del sistema legislativo que se había concebido, para proteger ambas estructuras, la nueva y la indígena"⁷. Además de esta hipótesis que podríamos denominar de "adaptación sin conflictos", Browning dice que la élite cambió su actitud hacia la tierra y que este cambio se debió a que el cultivo del café exige diferentes métodos de producción y de organización económica. Las diferencias que él encuentra son las siguientes:

- diferentes formas de comenzar el cultivo, el café es una planta perenne y es necesario esperar cuatro años antes de cosechar sus frutos;
- diferentes métodos de cultivo;
- diferentes requerimientos de mano de obra, la recolección de café necesita de grandes cantidades de mano de obra;
- diferente localización geográfica de ambos productos debido a requerimientos ecológicos.⁸

La tercera hipótesis, que completa el esquema explicativo de Browning, se refiere a la rápida expansión de la infraestructura, la cual también contribuyó al crecimiento rápido de la producción de café.

Los párrafos anteriores indican claramente que Browning considera que la producción de añil y de café eran cualitativamente diferentes y que la diferencia era tal que era absolutamente

necesario cambiar el sistema de tenencia de la tierra, si se quería aumentar la producción de café. Los diferentes gobiernos de El Salvador que se sucedieron durante la segunda mitad del siglo XIX, evaluaron la situación de una forma similar y decidieron aumentar la producción de café a través de cambios en la tenencia de la tierra. Se prometían facilidades para adquirir tierras ejidales y comunales a quienes ofrecían cultivar café. Entre 1859 y 1875 el Presidente Gerardo Barrios transfirió tierra del Estado al sector privado, poniendo como única condición que los beneficiarios de tal medida se dedicaran al cultivo del café. Más adelante se decretó que los usuarios de tierras comunales que cultivaran por lo menos un cuarto de la tierra con café, cacao, maguey o hule, recibirían el título de propiedad de esa tierra. El proceso culminó con la abolición de ejidos y tierras comunales en 1881 y 1882. El prólogo de la ley decía que "La tierra bajo la propiedad de las comunidades impide el desarrollo agrícola, estorba la circulación de la riqueza, y debilita los lazos familiares y la independencia del individuo. Su existencia contraría los principios económicos y sociales que la república ha adoptado"⁹. Un grupo específico de la sociedad salvadoreña había logrado identificar sus intereses de grupo con los intereses de la república.

Tanto Browning como los legisladores del siglo XIX coinciden en la necesidad del cambio en la distribución de la tierra para lograr el crecimiento de la economía salvadoreña. Según Browning "...hubiera sido imposible, sin los ingresos del café, la construcción del sistema actual de carreteras y vías férreas..."¹⁰

Hasta el momento hemos podido detectar dos hipótesis básicas y complementarias con respecto a las reformas liberales de 1881 y 1882:

- era necesario cambiar la producción de añil por la de café para lograr el crecimiento de la economía; y
- era necesario cambiar el sistema de tenencia de la tierra a fin de expandir la producción de café.

Es conveniente señalar que aun cuando Browning y los liberales del siglo pasado coinciden en estos dos puntos, su juicio de valor sobre el proceso de las reformas liberales es muy diferente. Para los liberales la lógica del proceso era lo suficientemente clara como para no tener que plantearse preguntas de tipo ético, mientras que para Browning las reformas liberales representaron una usurpación inaceptable, decidida unila-

teralmente, y la destrucción de instituciones que tenían una validez basada en consideraciones que van más allá de la economía.

Este artículo pretende mostrar que ninguna de las dos hipótesis, mencionadas anteriormente, puede ser probada inequívocamente con los datos disponibles y que, en consecuencia, es necesario recabar nuevos datos y sugerir nuevas hipótesis. El análisis que se hará, tomará en cuenta dos aspectos: en primer lugar se discutirá si los efectos de las reformas satisfacen la hipótesis, es decir, si el cambio en la asignación de recursos aumentó la eficiencia de la economía y si fue necesario cambiar el sistema de tenencia de la tierra; en segundo lugar se discutirá la forma en que los reformadores liberales percibían el problema, es decir, si los legisladores de la época poseían argumentos sólidos para sustentar su creencia de que los cambios que se llevaron a cabo eran absolutamente necesarios para que creciera la economía del país, o si tenían a su disposición otras alternativas.

Las pruebas.

Antes de examinar los datos, es necesario asegurarse de que la metodología que se va a usar es adecuada. Como el modelo de la economía neoclásica servirá de base para toda la argumentación que sigue, hay que examinar el desarrollo de los mercados en El Salvador durante el siglo XIX y, especialmente, el papel que jugaba la producción que tradicionalmente estaba en manos de las comunidades indígenas.

Parece razonable suponer que si los precios de los bienes producidos por las comunidades indígenas variaban poco en diferentes pueblos del país durante el mismo año, esto quiere decir que dichos productos se comerciaban. Si los precios del maíz en Tacuba subían desmesuradamente debido a una plaga, los productores de otras regiones del país veían la oportunidad de hacer negocio y traían su maíz a Tacuba, de esta forma bajaban los precios en Tacuba y subían en el resto del país. La existencia de mercados nivela los precios y las diferencias que subsisten se deben a costos de transporte y de información. Si probamos que la variación de precios se puede atribuir a los costos mencionados, también probamos que el comercio no era una actividad extraordinaria sino, por el contrario, la forma normal de intercambiar bienes.

El cuadro siguiente muestra la desviación

típica y el promedio de los precios del maíz, arroz y frijoles en pueblos de la zona occidental del país durante el año de 1858, según el censo de Lorenzo López, citado anteriormente. Dicho censo da sólo un precio para cada pueblo de tal forma que el número de pueblos es igual al número de observaciones.

Cuadro I

Producto	Número de pueblos	Precio promedio	Desviación típica
Maíz	26	\$1.86 fanega	0.68
Arroz	17	r0.60 almud	0.19
Frijoles	19	r2.60 almud	0.82

Fuente: Lorenzo López. *Estadística General de la República de El Salvador*.

Como puede verse en el cuadro, la desviación típica es más o menos un tercio del precio promedio, lo que quiere decir que había variación de precios (los precios no estaban fijados por la costumbre) pero que dicha variación era relativamente pequeña. Los pueblos incluidos en las estadísticas de López, están localizados en la parte occidental del país. Esta región cubre aproximadamente un tercio del territorio nacional, en consecuencia, las distancias entre los pueblos no son muy grandes. Sin embargo, es posible atribuir gran parte de las diferencias en los precios a los costos de transporte. Las crónicas de los viajeros que estuvieron en El Salvador a mediados del siglo XIX, nos cuentan sobre las grandes dificultades de transporte que había en el país durante la época. El viajero alemán von Tempsky describe su viaje de San Miguel a La Unión de la siguiente forma: "Los diferentes caminos, aquí con conexiones laberínticas, lodozos y destrozados por los viajes de mulas y carretas cargadas de mercancía de enero a diciembre, son perfectamente intransitables durante la estación lluviosa".¹¹ La *Gaceta del Salvador* del 21 de enero de 1853, nos dice que era casi tres veces más caro llevar la mercancía de El Salvador a Belice que de Belice a Inglaterra.

Los precios de productos básicos examinados anteriormente, fueron observados en distintas regiones pero en el mismo año. El lector escéptico puede decir que las pruebas presentadas no son concluyentes porque las diferencias ecológicas en una región tan pequeña no pueden ser muy grandes y entonces no sería necesario el que

hubiera comercio para que los precios fueran similares. Según este argumento, la única prueba de la existencia de mercados desarrollados está en que los precios de distintas regiones se muevan en las mismas direcciones por un período prolongado de tiempo.

Hay dos formas de convencer al escéptico. En primer lugar, las diferencias ecológicas en una región montañosa pueden ser muy grandes, y la diferente incidencia de lluvias y plagas puede hacer que el rendimiento de los cultivos (y por ende los precios en ausencia de mercados extensos) difieran considerablemente entre regiones cercanas. Si esto es así, la explicación más plausible para la pequeña variación de precios observada es la existencia de mercados desarrollados. Un segundo argumento, para apoyar la validez del método usado para probar la existencia de mercados desarrollados, se basa en la forma en la que se determinan los precios. Si tuviéramos mercados muy pequeños, es decir, si los diferentes pueblos estudiados no comerciaran entre sí, la única forma para que los precios de los productos fueran similares sería que las canastas de bienes producidos y consumidos en las diferentes regiones fueran parecidas. Es difícil decir que las canastas consumidas eran diferentes: los habitantes de la región pertenecían a la misma cultura, se vestían igual, tenían la misma dieta y habitaban el mismo tipo de vivienda. Lo que resulta muy difícil de sostener es que cada comunidad producía la misma proporción de sombreros de palma, textiles, artículos de barro, maíz, frijoles, arroz, etc. El censo de Lorenzo López contiene amplia prueba de que esto no era así. Nuevamente, la escasa variación de precios apunta en la dirección de la existencia de mercados desarrollados.

Aunque no disponemos de series históricas de precios para El Salvador, sí disponemos de dichas series para diversas regiones de México durante el siglo XVIII. No se puede decir directamente que si los mercados de México durante el XVIII estaban bien desarrollados los de El Salvador también tenían que estarlo, pero el que una región similar a El Salvador tuviera mercados durante una época muy anterior a la que nos ocupa hace que nuestra hipótesis sea, por lo menos, plausible.

Tenemos una serie con los índices de precios de siete productos en el pueblo San José de Gracia, Estado de Guanajuato, y una serie de precios de maíz en la Ciudad de México. El coeficiente

de determinación entre ambos índices, es decir, la proporción de la variancia de un índice explicada por la influencia lineal del otro, es de 0.84, lo que prueba el desarrollo de mercados en el México colonial.¹²



Anteriormente se mencionó que las tierras comunales y los ejidos no se dedicaban exclusivamente a los cultivos de subsistencia. Tampoco se puede afirmar que las pequeñas comunidades rurales se dedicaran únicamente a las actividades agrícolas. El comercio y la industria casera no les eran extraños. En los pueblos más grandes había ferias periódicas donde se comerciaba con una amplia variedad de bienes. En San Juan Nonualco se producía cuero curtido, semilla de mostaza, objetos de barro, panela y añil. La producción que no era de subsistencia representaba un 48% del valor de la producción total del pueblo. La principal actividad económica de Guaymango era la producción de sal; los habitantes de este pueblo vendían la sal a fin de obtener alimentos y vestido. San Miguel Tepezontes producía solamente azúcar y trigo. La actividad económica más importante de Tenancingo era la producción de sombreros de paja, los cuales eran exportados a Guatemala. Si estos pueblos no dedicaban su trabajo y sus tierras a los cultivos de subsistencia no es porque las tierras no fueran apropiadas (con un gran esfuerzo casi cualquier suelo puede producir maíz), sino porque los mercados les ofrecían una gran cantidad de alternativas y les permitía hacer uso de sus ventajas comparativas.¹³

El hecho de probar la existencia del comercio no implica negar la existencia del autoconsumo; más bien, implica que el comercio era una alternativa abierta y conocida por la gente. Si este es el caso, el autoconsumo puede explicarse debido a la falta de alternativas adecuadas en un momento dado, y no necesariamente a la falta de iniciativa o conocimiento o a un diferente concepto del papel de la tierra como insiste Browning.

Parece estar claro que el uso del modelo neoclásico no está fuera de lugar en el contexto de la economía salvadoreña del siglo XIX.

Análisis de los datos.

Apoyados en las consideraciones anteriores, creemos que es posible hacer uso de técnicas estadísticas para someter a prueba una hipótesis básica: que las reformas liberales afectaron efectiva y positivamente el comportamiento global de la economía. Es decir, después de las reformas nuestra economía comenzó a responder a las señales del mercado internacional y aumentó en ese sentido su eficiencia.

Si esta hipótesis es cierta, significa que dichas reformas propiciaron un mayor crecimiento de nuestra economía.

Antes de someter a prueba esta hipótesis conviene describir los datos que se van a usar. Tenemos los precios del café y del añil en el mercado inglés durante el período.¹⁴ Estos precios fueron deflacionados con el índice de precios inglés para productos industriales. Se prefirió éste al índice general de precios porque el valor de la libra esterlina para el comerciante salvadoreño estaba basado en la cantidad de productos industriales que podía comprar con esa libra. En otras palabras, los precios así deflacionados constituyen unidades monetarias para adquirir productos industriales a precios constantes. Esto presupone que las contribuciones del añil y del café al crecimiento de la economía salvadoreña, consistían en la capacidad que daban al país para importar productos industriales.

Después de calcular los precios deflacionados, se construyó un índice de precios para el café y el añil. Se escogió 1835 como año base.

El conjunto básico de datos incluye las series siguientes:¹⁵

- precios del café en Inglaterra (1864-1894);
- precios del añil en Inglaterra (1864-1876);
- índice de precios para productos industriales en Inglaterra (1835 = 100);
- exportaciones de café (1864-1894); y
- exportaciones de añil (1864-1876).

De los datos anteriores se derivaron las series siguientes:

- índice de precios del café (1835 = 100);
- índice de precios del añil (1835 = 100);
- precios de café deflacionados (1835 = 100);
- precios de añil deflacionados (1835 = 100);
- precios relativos (precios de café deflacionados sobre precios de añil deflacionados);
- exportaciones de café deflacionadas (1835 = 100); y
- exportaciones de añil deflacionadas (1835 = 100).

A fin de someter a prueba la hipótesis, señalada anteriormente, se llevaron a cabo varias manipulaciones estadísticas de los datos disponibles. En primer lugar, se calculó una regresión en la cual se supone que las exportaciones de café son una variable dependiente de los precios de café y de añil, de las exportaciones de añil y de una variable indicadora en la cual todos los años anteriores a 1881 (año de la extinción de ejidos)

reciben un valor de cero y todos los años posteriores reciben un valor de uno.

Solamente los coeficientes de los precios de café y de la variable indicadora fueron significativos. Este resultado está de acuerdo con la interpretación convencional de las reformas liberales. La transferencia de tierra que se realizó durante la época tenía como objetivo explícito la expansión de los cultivos de café. Si el coeficiente de la variable indicadora es positivo y significativo, esto quiere decir que el intercepto de la superficie de regresión es mayor después de las reformas que antes de dicho acontecimiento; que la distribución de recursos y el marco institucional que resultaron de las reformas tuvieron un efecto positivo en la producción de café. Esto salta a la luz también con la interpretación del coeficiente del precio de café. Si los recursos fueron transferidos al sector más moderno de la población es de esperarse, de acuerdo con la interpretación convencional, que la producción de café responda de cerca a las variaciones en los precios. Lo que resulta extraño es que tanto los precios como la exportación del añil no estén correlacionados con las exportaciones de café. Si parte de los recursos que en un principio se empleaban en la producción de añil pasaron a la producción de café, era de esperarse que la exportación de café estuviera correlacionada con la exportación de añil (y que el coeficiente tuviera signo negativo). Es posible



que los datos del añil no sean demasiado confiables. De hecho, la serie muestra grandes fluctuaciones que inspiran desconfianza. A pesar de que los datos del añil son poco confiables, los datos de precios sí son confiables, y si los nuevos propietarios de la tierra estaban más cerca del ideal del "homo economicus", se puede suponer que antes de tomar las decisiones productivas se fijaban no sólo en los precios del café sino también en los del añil. Una posible explicación para este fenómeno es que los incentivos que daba el gobierno para estimular la producción de café fueran tan grandes que los precios del añil se volvieran irrelevantes. Si los beneficios derivados de la producción del café incluían no sólo el producto de la venta del grano sino también la tierra misma donde se cultivaba, el factor tierra no sólo carecía de costo de oportunidad sino que era parte de los beneficios. En tales circunstancias era difícil encontrar atractivos a los otros cultivos.

A fin de someter a prueba la respuesta de la producción de café a las señales de mercado, se calculó una línea de regresión donde las exportaciones de café son la variable dependiente y los precios de añil la variable independiente. Si la decisión de aumentar la producción de café a expensas de la de añil estuvo basada en razonamientos de eficiencia económica, era de esperarse que la correlación fuera negativa. Este fue el caso, pero la proporción explicada de la variancia fue de solamente 0.15, lo cual muestra que los precios del añil no fueron tomados en cuenta.

Una forma más de ver el problema consiste en estudiar el comportamiento de la serie de precios relativos (precios de café sobre precios de añil). Si se observa la Figura I, se ve una declinación de los precios de café con respecto a los de añil desde 1848 hasta 1869, luego se observa una tendencia ascendente hasta 1874, un período de estancamiento de cinco años de duración, una declinación desde 1879 hasta 1885 y por último un período de rápido ascenso. La situación de precios con que se enfrentaban los productores de la época no era muy clara. Los efectos de los colorantes sintéticos en el precio del añil no se hicieron sentir muy rápidamente. Sin embargo, los legisladores liberales se lanzaron a una campaña de reformas tremendamente radicales para hacer frente a un mercado incierto. A fin de cuentas su decisión fue correcta en un sentido: los precios del café empezaron a subir rápidamente y, en consecuencia, era conveniente especializarse en la producción de dicho grano. Pero es difícil sos-

tener que los datos a la disposición de los legisladores nacionales antes de tomar esa decisión, recomendaran llevar a cabo cambios tan radicales. A posteriori la decisión fue correcta. A priori era un riesgo temerario. El cambio no se llevó a cabo sin costos económicos. El hecho de que las exportaciones de café no estén correlacionadas con los precios de añil nos dice que durante todo el período que nos ocupa hubo una mala asignación de recursos con el consiguiente costo económico. Los costos sociales de la nueva legislación fueron tremendos; grandes cantidades de campesinos fueron despojados de la tierra que cultivaban. La distribución del ingreso fue alterada radicalmente. Las posibilidades de un desarrollo equilibrado fueron cortadas de raíz.

Parece estar claro que los cambios en los precios relativos sí hacían necesaria una reasignación de los recursos productivos, pero el momento y la forma de llevar a cabo dicha reasignación son altamente cuestionables.

Hay otro aspecto del problema que vale la pena considerar. Aunque fuera necesario cambiar hacia la producción del café, la redistribución de la tierra no era la única alternativa abierta a los dirigentes liberales. Es cierto que los requerimientos de inversión del café eran mucho mayores que los del añil, y que las comunidades indígenas no estaban en una situación que les permitiera embarcarse en la producción de café, pero esto no justifica la extinción de ejidos. No es difícil imaginar instituciones de crédito que pudieran haber resuelto el problema. Aun el crédito privado con intereses usurarios hubiera sido una solución más atractiva que la extinción de ejidos. La incertidumbre con respecto a la recuperación de créditos a la producción no era menor que la que tenía la élite al dedicarse ella misma al cultivo del café. Sin embargo, dicha élite estaba ansiosa de producir café y no de prestar dinero. Otro argumento que se ha esgrimido dice que la producción de café era demasiado compleja para los campesinos analfabetas; pero no hay ninguna duda que ellos tenían mucha más experiencia agrícola que los médicos y abogados que usaron sus influencias y su capacidad de soborno para adquirir parte del botín de las tierras comunales y de los ejidos.

No es posible sostener que las reformas liberales puedan ser explicadas con argumentos de eficiencia económica. El aspecto económico debe entrar en el análisis de otra forma. El problema

que se plantea es el de la lucha entre diversos grupos de la sociedad para apropiarse de los beneficios de la tierra y no el de los esfuerzos de una minoría ilustrada para aumentar la eficiencia de la economía. En lugar de preguntarnos sobre la forma en que las reformas liberales contribuyeron al crecimiento de la economía salvadoreña, debemos preguntarnos sobre la forma en que dichas políticas contribuyeron simultáneamente a la prosperidad y al empobrecimiento de diferentes grupos de la población. De esta forma entenderemos mejor la estructura económica y social que resultó de las reformas.

El análisis anterior plantea más preguntas de las que responde. Todavía no conocemos con certeza los mecanismos a través de los cuales se formó un grupo lo suficientemente poderoso como para cambiar a su antojo la distribución de la riqueza sin encontrar una oposición abierta. No tenemos información suficiente sobre costos de transporte como para determinar su influencia en los cambios productivos. Necesitamos saber más sobre migraciones internas para saber si los campesinos desplazados por la extinción de ejidos fueron absorbidos en su totalidad por los nuevos cultivos de café. No hemos evaluado la importancia de los empresarios agrícolas extranjeros en la expansión de la producción cafetalera. No tenemos detalles sobre las formas de acumulación de capital que permitieron que una minoría financiara los nuevos cultivos. La agenda de trabajo es larga. No estamos cortos de hipótesis. Quizás uno de los problemas de nuestra historiografía es que nos hemos preocupado más por formular hipótesis que por investigar las fuentes primarias. Necesitamos de un esfuerzo serio y sostenido de parte de nuestros historiadores para poder desenmarañar una época que ha sido tremendamente influyente en nuestro acontecer histórico.

NOTAS

- 1 David Browning, *El Salvador la Tierra y el Hombre*. (San Salvador: Dirección de Publicaciones, 1975).
- 2 David Alejandro Luna en su *Manual de Historia Económica de El Salvador*, (San Salvador: Editorial Universitaria, 1971); y Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli en su libro *Centro América y la Economía Occidental (1520-1930)* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1977), también discuten el problema, pero su interpretación no difiere substancialmente de la de Browning y no está tan elaborada.
- 3 Lorenzo López, *Estadística General de la República de El*

- Salvador, (San Salvador: Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1926), págs. 26, 54.
- 4 Gran Bretaña, Board of Trade, *Abstracts of Reports of Various Countries and Places, 1855-1858* [Compendio de Reportes de Diversos Países y Lugares, 1855-1858], citado por Knut Walter, *Trade and Development in an Export Economy: the Case of El Salvador, 1870-1914*. [Comercio y Desarrollo en una Economía de Exportación: el Caso de El Salvador, 1870-1914] (Tesis de Maestría, Universidad de Carolina del Norte, 1977), pág. 23.
 - 5 Browning, *El Salvador la Tierra y el Hombre*, pág. 245.
 - 6 *Ibid.*, pág. 277.
 - 7 *Ibid.*
 - 8 *Ibid.*, pág. 369.
 - 9 El Salvador, *Diario Oficial*, 26 de febrero de 1881, citado por Browning, *El Salvador la Tierra y el Hombre*, pág. 338.
 - 10 Browning, *El Salvador la Tierra y el Hombre*, pág. 369.
 - 11 G. F. von Tempsky, *Mitla. A narrative of incidents and personal adventures on a journey in México, Guatemala and Salvador in the years 1853 to 1855*. [Mitla, Relato de incidentes y aventuras personales en un viaje a México, Guatemala y Salvador de 1853 a 1855] (Londres: Longman, Brown, Green, Longmans, and Roberts, 1858), págs. 424-425.
 - 12 La metodología y las fuentes usadas para esta correlación están descritas en detalle en mi artículo "Reseña del Libro Fluctuaciones Económicas en Oaxaca Durante el Siglo

- XVIII" que aparecerá en un próximo número de *Historia Mexicana*.
- 13 López, *Estadística General de la República de El Salvador*, págs. 104, 95, 37 y 146.
 - 14 Donald McCloskey y J. Richard Zecher prueban la existencia de mercados internacionales bien desarrollados durante el siglo XIX en su artículo "How the Gold Standard Worked" [Como Funcionaba el Patrón Oro]. El artículo se encuentra en el libro *The Monetary Approach to the Balance of Payments*. [El Enfoque Monetario a la Balanza de Pagos] (Toronto: University of Toronto Press, 1976). Selección de artículos hecha por Harry G. Johnson y Jacob A. Frenkel.
 - 15 Los datos de precios se encuentran en Michael G. Mulhall, *The Dictionary of Statistics* [Diccionario de Estadísticas] (Londres: George Routledge and Sons, 1899; reimpresión, Detroit: Gale Research Company, 1969). Los precios de café están en chelines por quintal (el quintal inglés tiene 112 libras), y los precios de añil están en chelines por libra. El índice de precios para productos industriales que se usó para deflacionar los precios aparece en B. R. Mitchell y Phyllis Deane, *Abstract of British Historical Statistics* [Compendio de Estadísticas Históricas Británicas] (Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1962). Los datos de exportación aparecen en David Alejandro Luna, *Manual de Historia Económica de El Salvador*.

